



HERNÁN Y GERMÁN

EL MISTERIO DE LA *URBS MAGNIFICA*

Eduardo Sobejano Fuertes

I

Al correr las cortinas, Germán advirtió desde el balcón del hotel un día nuboso, templado, inmejorable para disfrutar de un café en el Novelty. El silencio inundaba la alcoba arcana hasta que su hermano, el profesor Hernán Rico, abrió con urgencia la puerta y le hizo partícipe del titular de la prensa local.

—Mira Germán:

Científicos de la Agencia Espacial Internacional alertan de una significativa disminución de la luz en el territorio norte de España. Se estima que la radiación electromagnética proveniente del Sol ha descendido un 50 % en los Montes de León en las últimas dos semanas y este descenso se comienza a notar en la Cordillera Cantábrica. En estos momentos no podemos explicar las causas, pero las consecuencias podrían ser fatales.

Hernán Rico, nacido en EE. UU. pero de padres españoles, había llegado de América hace cinco días para comunicar sus avances acerca de los ribosomas en el Congreso de “Organización de la célula eucariota” celebrado en Salamanca. Hernán ostentaba desde hacía diez años la cátedra de Biología Celular en la Universidad de Berkeley. Curioso y enérgico, poseía una inteligencia natural que junto a su gran pasión por la ciencia y la literatura había forjado un personaje de vasta sabiduría con carácter peculiar. Su pelo era blanco, de cara ovalada y nariz prominente que daba soporte a unas gafas redondas metálicas de cristal ancho que encajaban a la perfección con su intelecto. La vestimenta era simple, siempre pantalón Levi’s y camisa lisa; inconfundible en los pasillos de la facultad. Volvía a Salamanca después de veinte años tras la estancia posdoctoral. Le acompañaba su hermano pequeño Germán, que se tomaba la vida con filosofía, risueño, optimista por naturaleza. Su físico acompañaba ese carácter desenfadado, rostro sonriente, ojos

azules contemplativos y una barriga construida a base de buenos momentos. Siempre junto a su cámara fotográfica.

—¿Qué hora es? —preguntó Hernán acelerado.

—A ver... las diez. ¡Por el amor de Dios, se me han pegado las sábanas! —contestó Germán en tono bromista.

Hernán bajó las escaleras del hotel buscando una cabina de teléfono, sacó su viejo listín telefónico. Elsa Claver.

—Doctora, soy el profesor Rico. No sé si irás a la sesión de la tarde sobre el ADN, pero necesito tu opinión sobre un hecho grave —le explicó brevemente.

Transcurrida media hora, la doctora Claver aparcó el coche junto al río Tormes, bajó junto a un niño de unos ocho años, que, hechas las presentaciones, descubrimos que se trataba de su sobrino, el pequeño Silván, un amante de la ciencia que siempre acompañaba a su tía.

El profesor le actualizó las noticias, poniendo el acento en lo interesante que sería estudiar la muerte celular de las células vegetales por falta de luz, para después exponerlo en las aulas.

La Dra. Claver convocó a sus colegas en el departamento de Ciencias Básicas Aplicadas esa misma noche. Después de largos y complejos cálculos, concluyó que algo se interponía entre el sol y la región norte de España y que el epicentro era la ciudad de Astorga.

A mediodía les comunicó las conclusiones a Hernán y Germán. Convinieron partir sin demora hacia

Astorga. El pequeño Silván no quería perderselo, era una gran oportunidad para ampliar su colección de preparaciones microscópicas. Subieron todos al Morris.

II

Cuatro horas más tarde habían llegado a Astorga. Se hospedaban en un piso pequeño en la plaza Porfirio López. No habían tan siquiera subido el equipaje cuando la Dra. Claver cargada con múltiples instrumentos de laboratorio les decía «hasta pronto».

Hernán, Germán y el pequeño Silván también salieron a inspeccionar la ciudad. Tras dejar atrás la plaza Obispo Alcolea caminaron por Los Sitios, siendo testigos del majestuoso marco arquitectónico compuesto por el palacio de Antonio Gaudí y la Catedral. La falta de luz dificultaba a Germán plasmar con su Leica esos hermosos templos.

El pequeño Silván los animó a continuar el paseo y recorrer la muralla. Al profesor le pareció buena idea, y empezó a recoger muestras de las traqueidas y las células cribosas, que compartía con su aprendiz.

–Parece que caminamos sobre siglos de historia –comentó Hernán mientras tiritaba de frío.

Torcieron por la calle Leoncio Núñez hasta la plaza Mayor. Los soportales estaban cubiertos de carteles anunciando conciertos de la banda municipal en el parque de la Sinagoga. Germán tropezó contra un banco lastimándose la rodilla.

–Volvamos a casa –añadió fatigado por el día interminable.

La Dra. Claver llegó a las seis de la madrugada diciendo en voz baja con solemnidad:

–Lo que dificulta la llegada de la radicación electromagnética a la superficie terrestre es una fina capa de mineral en la atmósfera. Un mineral transparente; por eso no lo vemos. Por ahora no puedo decir con seguridad si se trata de carbonato cálcico cristalino (CaCO₃) o de borato hidratado de sodio y calcio, sin embargo me atrevería a afirmar que desde un laboratorio avanzado se ha manipulado introduciendo una sustancia artificial entre sus láminas que al aplicar electricidad le permite ser opaco.

–¡Eureka! Eres la más grande de los científicos querida Elsa –felicitándola al unísono Hernán y Germán, mientras el pequeño Silván saltaba de alegría gritando «¡Hurra, hurra!».

El profesor empezaba a sentirse verdaderamente intrigado por todos estos hallazgos, y de alguna manera las labores académicas que habían motivado la expedición a Astorga habían sido sustituidas por la

obligación que sentía como científico y ciudadano de ayudar a la nación de sus padres.

Hernán, Germán y el pequeño Silván preguntaron a un viandante por la biblioteca y fueron corriendo hacia ella. Justo en ese momento, la bibliotecaria abrió la puerta de cristal que daba paso a decenas de estanterías. En la número cinco Germán encontró un viejo tomo con lomo de piel: *Asturica Augusta*.

–¡Hernán corre, ven! –gritó.

Asturica Augusta fue fundada a finales del siglo I a. C. como campamento militar romano de la Legio X Gemina. Más tarde fue capital del Convento Asturicense, en la provincia Tarraconense, siendo un importante núcleo civil.

La ciudad fue el destinatario fundamental del oro extraído de las minas próximas. Plinio el Viejo, procurador imperial de la Hispania Citerior, la definió en su enciclopedia Naturalis Historia, como “urbs magnifica”.

1

Mineralogía

Entre las leyendas romanas se cuenta que descubrieron una piedra mágica transparente cerca de la ciudad.

36

–¿Y si la clave estuviera en esa civilización? –se preguntó Hernán.

Acudieron muy interesados a la bibliotecaria solicitándole más información sobre este periodo de la historia de Astorga. Ésta amablemente los animó a que la siguieran.

–Se lo mostraré más de cerca –apuntó.

Camino de la Ergástula, el pequeño Silván se da cuenta de que un hombre de unos sesenta años de mediana estatura, con rasgos caucásicos, pelliza marrón y sombrero de felpa, les sigue de cerca con paso decidido.

Hernán pensaba: «los secretos que alberga esta ciudad no tienen parangón». Se imaginaba el enorme foro, limitado por anchos muros. Un lugar privilegiado para el culto imperial.

Caminaron de nuevo por la muralla, donde el frío polar y la falta de luz habían hecho que las flores se marchitaran y los árboles no hicieran gala de su habitual vitalidad. Introduciéndose en la Astorga interior, se dejaron seducir por las Termas menores. Con esta temperatura se hubieran tirado de cabeza al calda-

rium. El hombre misterioso se acercó junto al horno, y de mano a mano le transfirió al profesor un pequeño papel doblado mientras susurraba unas palabras. Al abrir el papel Hernán leyó: «Espalto de Islandia, Las Médulas». Le preguntó a la bibliotecaria sobre estas palabras, y esta les explicó su significado.



Termas romas de Astorga.
Fotografía de Imagen MAS.

Nuestros amigos, muy agradecidos, se montaron en el Morris granate que habían aparcado en la plaza de San Julián.

Hernán se puso al volante, cuya conducción le era familiar. De esa manera no tardaron en estar delante del conjunto de montañas rojizas que habían sido fuente de riqueza del imperio romano. Caminaron fatigosamente entre piedras, iluminados por una vieja linterna y guiados por las señas de su inesperado amigo: «vayan hacia el oeste».

De repente, exclamaron al unísono: «¡Aquí!». Estaba ante ellos una gran pared transparente que dejaba ver la piedra rojiza aledaña.

–¡Aquí está! ¿Te das cuenta Germán? –proclamaba Hernán entusiasmado–. Aquí tienen la explotación, es cierta la vieja leyenda de los romanos. El laboratorio donde manipulan el mineral tiene que estar cerca.

–Pero la Dra. Claver dijo que el epicentro era Astorga –replicó su hermano.

–Es cierto. Volvamos rápido, ¡estamos cerca!

Mientras salían de la cueva la silueta de un hombre corpulento les sorprendió. Los hermanos recibieron con estupor sendos manotazos. El sujeto haciendo demostración de una fuerza hercúlea los cargó hacia una galería. De repente, se oyó un estruendo. «¡Bum!». Al abrir los ojos, Hernán y Germán se encontraban esposados a un barrote oxidado.

«La luz desaparecerá y no podréis hacer nada para impedirlo», repetía entre dientes el secuestrador.

Tras muchos intentos de liberarse se lastimaron las muñecas. Pasaron las horas. El profesor repetía: «Esto es el final. La oscuridad asolará a todo Occidente. ¡Estamos perdidos!».

Se escuchó un ruido. Era el pequeño Silván, que junto a la linterna llevaba unas llaves. Había aprovechado la oscuridad y sus pequeñas manos para arrebatárselas al captor del bolsillo.

Tras una carrera sofocante alcanzaron el coche. En la radio se anunciaba que la sombra comenzaba a asolar Francia y Bélgica. Europa temblaba de frío, no se hablaba de otra cosa, los cultivos morían, algunas ciudades habían sido saqueadas al amparo de la noche.

III

Ya en Astorga el profesor animaba al pequeño Silván y a Germán:

–No podemos parar. Investiguemos.

–Llevamos más de 24 horas discurriendo, me duermo, necesito un café –insistía Germán.

Caminando por la Plaza de Santocildes, el pequeño Silván se sienta sobre un adoquín. Hernán le pide por favor que se levante: «no tenemos tiempo». Pero el pequeño Silván continúa sentado. Hernán se agacha para levantarlo, y advierte lo que el pequeño quería enseñarle, ilumina el suelo, y descubre restos de arena roja con forma de suela de zapato.

–Esta arena la hemos visto hace poco. ¡Es la arena de Las Médulas! –exclama Hernán.

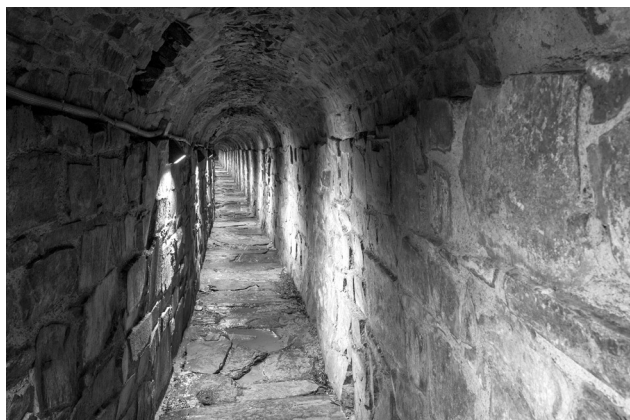
Cautelosamente siguieron el rastro, y de repente escucharon pasos. Se escondieron. Un hombre con piernas robustas que subía por la parte posterior de la estatua del León y el Águila agarró la cabeza de esta última, y haciendo un movimiento giratorio de la misma desapareció.

A los pocos segundos nuestros amigos hicieron lo mismo. Tras la estatua se abrió una compuerta. Siguieron un camino notando caer gotas de agua en sus cabezas y chapoteo debajo de sus zapatos. Estaban en las alcantarillas. Era una galería abovedada de en torno a 1,70 m de alto y 80 de ancho, lo cual obligaba a ir en fila india.

A mitad de camino se encontraron con un desvío. El túnel ahora era de nueva construcción, más ancho e iluminado.

–Silencio –ordenó Hernán en voz muy baja–. Escucho voces cerca.

El profesor asomó la cabeza por la pared, quedándose estupefacto al ver una superficie construida sobre una cuenca, más grande que un campo de fútbol, presidida por una sala abovedada con paredes de cristal de dimensiones imperiales, que alberga una pistola de veinte metros de alto y una boca de diez metros de diámetro acoplada a dos gigantes electrodos candentes anaranjados conectados a la corriente eléctrica en sus extremos laterales. En una cámara junto a la pistola los científicos estaban convirtiendo el espalto en dos finas láminas, que después, por medio de un tubo conector, llegaba a la boca de la pistola y se disparaba al firmamento.



Cloaca romana de Astorga.
Fotografía de Imagen MAS.

Junto a la pistola se agolpaban unos diez hombres. Entre ellos, un hombre alto, con poco pelo, mirada fija y penetrante y modales de militar, que presumía a viva voz: «Con este último cargamento, en dos horas habré conseguido que mi pantalla apague a Europa y con ella su cultura, y todos sus tesoros serán míos».

Los diez hombres se alejaban sonrientes de la jaula de cristal. Hernán advierte que uno de sus secuaces presiona un botón antes de salir de la bóveda.

Hernán se lanza a la gran sala buscando la forma de desconectar la pistola.

De improviso, dos grandes osos pardos que estaban escondidos detrás de la pistola arrancaron a correr tras él, y uno de ellos le lanzó un zarpazo. Hernán giró hacia la derecha evitando el golpe. El pequeño Silván apareció corriendo y agarró la cola del más grande, lo que hizo que ambos le persiguiesen. Con mucha inteligencia el pequeño Silván logró despistarles justo antes de entrar a una pequeña habitación, cerrando la puerta una vez que la habían traspasado.

Germán, que había fotografiado la escena desde lejos, logra telefonar a la policía para avisarles: «SOS, SOS».

Aviso recibido. La llamada llega desde el Sierro:

–Inmediatamente acudimos –respondieron desde la comisaría.

Allí dentro hacía mucho calor. Hernán se da cuenta que tras una puerta transparente que se encuentra al otro lado de la sala hay una palanca roja que podría ser un interruptor.

«¡Vaya! ¡Necesita de una contraseña para abrirla! No hay tiempo, piensa profesor, piensa» –se dice a sí mismo.

“Asturica”, no. “Espalto”, no. De repente, se le ocurrió la fórmula química que la Dra. Claver había nombrado: CaCO_3 . ¡Eureka! Un gran portalón se abrió. El profesor bajó la palanca. Se hace un gran silencio e instantáneamente los rayos de luz vuelven a iluminar todo aquello que está al alcance de los ojos.

En ese instante el jefe de los criminales entra en la sala atónito. Detrás de él llega la policía que lo arresta junto al resto de la banda.

La luz ha vuelto a la vida de las personas que salen a la calle para festejarlo. Europa sigue siendo la luz del Mundo.

El profesor Hernán Rico y sus amigos respiran tranquilos. Exhaustos, se van a dormir.

Al despertar, el pueblo astorgano recibe a Hernán, Germán, el pequeño Silván y la Dra. Claver en la plaza Mayor entre vítores, melodías de la banda municipal y pancartas donde se lee: «Héroes. Libertadores de Europa». La ciudad al completo celebra hasta al anochecer la vuelta a la normalidad.

Toda la prensa internacional se hace eco de sus hazañas, regresando a Salamanca y Berkeley con honores.

Ya en sus casas y pasados los meses, todavía no han sido capaces de asimilar tantos hechos extraordinarios que bien podrían servir de relato ficticio. Pero sí, sucedieron. Las fotos de Germán dan fe de ello.

(Continuará)

Eduardo Sobejano Fuertes nació en Astorga
y es médico hematólogo e investigador
Lanzarote, España
esobejanofuertes@usal.es

Lanzarote, julio-agosto 2023